

AGENDA CIUDADANA

EL SISTEMA GLOBAL Y NOSOTROS

Lorenzo Meyer

La Naturaleza del Problema.- A los mexicanos, como a millones de personas en los cinco continentes, nos han cambiado las reglas fundamentales del gran juego político y económico en que transcurren y se moldean nuestras vidas. Y ese cambio consistió en pasar del sistema internacional de la Guerra Fría al de la Globalización. La adaptación se está haciendo a un costo brutal, no es seguro que todos la logremos y quizá la mayoría no lo va a conseguir.

El gran cambio se llevó a cabo en los últimos diez años sin que, como sociedad, se nos diera la menor oportunidad de elegir u opinar. A estas alturas, nos guste o no, la disyuntiva es simplemente adaptarnos a los nuevos principios o quedarnos al margen de la gran corriente de la historia. Esta inesperada pero profunda transformación del sistema internacional justo al iniciarse el último decenio del siglo, es lo que en buena medida explica el surgimiento o la agudización de los problemas que constituyen hoy la esencia de nuestro tiempo mexicano, desde el levantamiento indígena de Chiapas hasta el Tratado de Libre Comercio (TLC) con Estados Unidos y Canadá, pasando por la división dentro del partido de Estado (PRI), la crisis de la Universidad Nacional, la inviabilidad de la economía campesina, la agudización de la concentración de la riqueza y el ingreso y muchos, muchos más.

Una de las características más desafortunadas y persistentes del proceso de la construcción histórica de la nación mexicana, es que en muchos de sus momentos decisivos –la conquista y colonización del siglo XVI ó la reforma borbónica del siglo XVIII --, fueron desatados por fuerzas o modelos originados en otras latitudes,

formidables procesos de carácter mundial que se impusieron con mayor o menor grado de violencia. En los casos mencionados, las reformas introducidas fueron producto de modelos confeccionados para sociedades con otras características y circunstancias – las propias de Europa o de la América al norte de nuestras fronteras— y cuyas características no correspondieron a la nuestra. Esos marcos forzados crearon resistencias y distorsionaron los desarrollos de la sociedad mexicana. Desafortunadamente ese forzar a México a amoldarse a y conformarse con modelos surgidos de otras circunstancias vuelve a ser la esencia del presente.

Definición.- La globalización es la característica central del final del milenio. Se trata de un sistema de valores, instrumentos y formas de relación a nivel local y mundial que no nacieron como resultado de una decisión propia, pero que ya han obligado a remodelar casi todas las variables fundamentales de la sociedad mexicana – como del resto del mundo-- con la consiguiente carga de choques y conflictos sin solución. Y lo peor es que el proceso continúa, por lo que las tensiones actuales no van a disminuir.

En *The Lexus and the Olive Tree. Understanding Globalization*, (Farrar, 1999), Thomas L. Friedman, un periodista de *The New York Times* --que asume con orgullo su posición de generalista— afirma que para entender la dinámica del presente, hay que combinar en el análisis de cada tema específico las dimensiones propias de la política interna, la internacional, la economía, la cultura, la tecnología y la ecología. Friedman sostiene que la globalización es un sistema de organización mundial que ya reemplazó en todo al que dominó durante toda la Guerra Fría pero sus reglas son casi las opuestas, de ahí las enormes dificultades de adaptación.

La tensión sistemática y a nivel mundial entre los Estados Unidos y la Unión Soviética que se inició poco después de concluir la II Guerra Mundial, fue bautizada como “Guerra Fría” por Bernard Baruch en un debate que tuvo lugar en 1947 en el seno del congreso de los Estados Unidos. Esa tensión se institucionalizó y dio lugar a un sistema de relaciones a nivel mundial que buscó evitar el choque directo y final entre los dos superpoderes nucleares. Ese período histórico concluyó el 12 de septiembre de 1990, cuando Estados Unidos, la Unión Soviética, Gran Bretaña y Francia firmaron un tratado que puso punto final al “problema alemán” y permitió la reunificación de esa sociedad. Sin embargo, al acabar la Guerra Fría con la sorpresiva derrota de los soviéticos, Estados Unidos no perdió tiempo en imponer un nuevo sistema --el que más le favorecía-- y que no es otro que el de la globalización. Aunque el sistema global apenas tiene un decenio de vida --tiempo muy breve en términos históricos--, ya echó raíces fuertes y va a determinar por un tiempo indefinido la relación entre países, clases e individuos a nivel mundial.

La globalización es un sistema extraordinariamente dinámico. Se trata de una nueva etapa del capitalismo, cuyo objetivo y razón de ser es integrar en un gran todo, en el menor tiempo posible y como nunca antes en la historia, a mercados, estados nacionales y tecnologías. Para lograr su objetivo, este capitalismo globalizador y sin rivales, dispone de una trinidad que no es santa pero si conocida: apertura de las economías frente al exterior, privatización y desregulación.

La cultura de la globalización no permite mayor interés o respeto por las peculiaridades locales o nacionales --éstas se adaptan o desaparecen-- pues su esencia es la homogeneización de las formas de vida en el planeta de acuerdo con los

patrones del vencedor de la Guerra Fría y centro del nuevo sistema: Estados Unidos. La energía del cambio proviene de la rapidez de la comunicación y de los crecientes volúmenes de comercio y de capitales que diariamente cruzan regiones y fronteras. Para Friedman, los dos grandes teóricos del sistema global son, por un lado, el economista austrohúngaro Joseph A. Schumpeter (1883-1950), que caracterizó al capitalismo como un sistema basado en la “destrucción creativa” y el presidente de *Intel*, Andy Grove, que en el título de una publicación sintetizó la filosofía de aquellos que llevan a cabo el proceso de la “destrucción creativa”: *Sólo los paranoicos sobreviven*, pues en la competencia creciente, sin tregua, infernal, desatada y requerida por la globalización, las innovaciones más tardan en nacer que en toparse con alguien que ya está empeñado en sustituirlas con ventaja por otras más espectaculares. Un sólo hecho basta para ilustrar el punto: las computadoras más modernas –instrumento imprescindible de la globalización-- se vuelven obsoletas en apenas dieciocho meses. Si en la Guerra Fría había enemigos ideológicos y militares, en la globalización solo hay competidores económicos.

Para Friedman, la globalización está centrada en tres equilibrios inestables que, a su vez, tienden a buscar un balance entre ellos, también inestable, ¡faltaba mas!. Los balances son: a) entre los estados nacionales, donde Estados Unidos –la única superpotencia— está de un lado y el resto de los estados del otro; b) entre los supermercados globales de capital (en 1998 las transacciones mundiales en divisas externas fueron del orden de un millón y medio de millones de dólares al día) y los estados nacionales; c) entre los estados nacionales y los individuos, algunos de estos

últimos pueden llegar a tener un poder extraordinario por sus fortunas, su capacidad de violencia o su autoridad moral.

Lo Pasado, Devaluado; lo Presente, Insuficiente.- Para Guillermo Bonfil (*México profundo. Una civilización negada, 1988*), por citar sólo un caso, nuestro país es el resultado de una larga y compleja evolución y del choque de civilizaciones: las originales, que se iniciaron como tales hace quizá 10 mil años y la europea a partir del siglo XVI. Sin embargo, para la globalización, es decir, para las fuerzas que remodelan todos los días a México y al mundo, esa historia milenaria resulta casi irrelevante, lo que importa son sólo el presente y el futuro. En realidad, el hoy importa sólo porque determina el mañana, pues lo que cuenta es lo que está por venir, ya que la innovación y su velocidad son la esencia del sistema.

Llegados a este punto, podemos empezar a entender lo que la globalización actual implica para México. La Revolución Mexicana –el gran evento en nuestro proceso de evolución de los últimos cinco siglos que se puede explicar en lo fundamental por fuerzas e ideas relativamente propias-- tuvo como proyecto central hacer un México por y para los mexicanos, relativamente independiente de las exigencias externas: el proyecto nacional debía de ser eso, nacional, no internacional. El pasado debía dejar de ser considerado como un lastre y convertirse en un factor de originalidad, orgullo e identidad. Todo ese gran proyecto es ahora intrascendente, pues la globalización es indiferente a cualquier pasado e impone su prioridad: la homogeneización, es decir, la americanización.

Si en la globalidad lo valioso es el presente como la base de recursos materiales y humanos para ganar la competencia por el futuro, resulta que el presente mexicano,

no obstante contar con una relación especial con Estados Unidos vía el TLC, es un punto de partida poco ventajoso para construir el futuro en las condiciones que se nos han impuesto. Nuestro producto per capita y el producto bruto equivalen apenas al 13% y al 4.5% respectivamente del los que hay en el centro dinámico del sistema, es decir, en Estados Unidos. Nuestro consumo de energía per capita, uno de los muchos indicadores de la modernidad económica, es 8.3 veces menor que en el país vecino del norte; en 1995 las computadoras personales por cada mil habitantes --un indicador de la inserción de un país en la globalidad-- eran 328 en nuestro "socio" norteamericano y apenas 26 en México. Con ese punto de partida ya es difícil competir en la globalidad con posibilidades de aspirar a un puesto que no vuelva a ser el propio de una sociedad periférica, pero lo es aún más si se tiene en cuenta que la innovación --la esencia de esa competencia-- está íntimamente ligada a la ciencia y a la tecnología. Hoy la educación mexicana es casi una zona de desastre. Sí bien es cierto que el analfabetismo ya no es uno de nuestros problemas graves (el 90% de los mayores de quince años saben leer y escribir), Estados Unidos tiene una proporción 3.4 veces mayor de su población cursando estudios de nivel superior. Y si a ese elemento cuantitativo le añadimos el factor cualitativo, entonces ¿cuales y cuales mexicanos, y como, tienen posibilidades de participar con éxito en la globalidad?. Difícil la cuantificación, pero en cualquier caso serán pocos, la minoría, pues el sistema de la globalización no se hizo teniéndolos en cuenta.

Resentimiento y Desmoralización.- En el capitalismo de la globalización, el mexicano promedio simplemente no tiene armas adecuadas para conquistar en el futuro inmediato --el único que cuenta, ya que en el largo plazo todos estaremos

muerdos— una posición adecuada, digna del proyecto nacional que alguna vez fue. A ese mexicano no se le preparó nunca para lo que ahora se le exige, porque el arreglo que estaba en pie hasta hace 17 años estaba hecho para otro sistema, de ahí el pobre desempeño actual de la economía en su conjunto, el aumento de la desigualdad, de la pobreza y, sobre todo, de la frustración colectiva. Si a lo anterior se le añade la actual descomposición política, entonces es comprensible el resentimiento y desmoralización que dominan grandes sectores de la sociedad mexicana.

Hoy por hoy es imposible optar por salirse del nuevo sistema, por tanto, lo urgente es llevar a cabo la formulación de un proyecto realista que nos permita adaptarnos a la globalización con un costo social menor que el actual y defender el legado cultural del embate incesante de la homogeneización. Ahora bien, para lograr lo anterior se requiere rehacer sin pérdida de tiempo el ruinoso sistema político actual, y rehacerlo dentro del único formato legítimo: el democrático.